

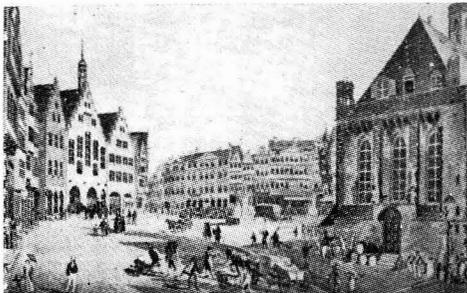
LIBROS



Goethe hacia 1765.

EL GOETHE-BUCH
DE ALFONSO REYES

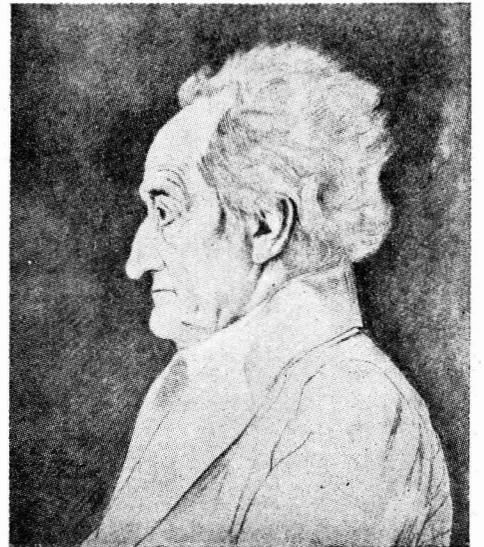
Por Emilio URANGA



Frankfort, Römerberg

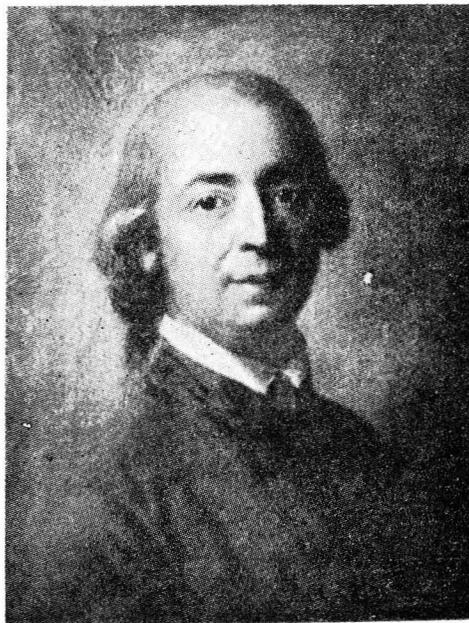


Leipzig, Markplatz



Goethe a los 77 años

ALEMANIA vive todavía en la perplejidad. Pese a su brillante, profunda y científica tradición, no sabe, literalmente, qué pasa con sus propios temas, qué rumbos toman las cosas. Más aún: está sorprendida por el trabajo de los autores extranjeros. Ignoro si circulan ya por Latinoamérica los libros; los *Goethe-Bücher*, de *Barker Fairley* y *Heinrich Meyer*, canadiense uno y norteamericano el otro, que aquí han provocado un verdadero furor. En todo caso el libro de don Alfonso Reyes¹ hace inútil su traducción. Estos libros son síntomas. Alemania enfila decididamente hacia el mundo. Purgada de su nacionalismo, celebra festivamente su ingreso en la comunidad de naciones aliadas que hace apenas diez años le propinaron una golpiza fenomenal. Empieza a sentirse una incomodidad radical frente a libros que sólo dan cuenta de lo que piensan los alemanes sobre temas alemanes, y se saluda el punto de vista extranjero en lo que tiene de inasimilable a los propios y locales puntos de vista. Alemania se debilita en la libertad con que otros pueblos elaboran sus propios temas, ante todo su imprescindible Goethe. Al leer estos libros extranjeros sobre Goethe, se siente como un alivio haber escapado de la férrea dis-



Herder

ciplina que fue la cultura alemana. En esta dirección hay que situar el *Goethe-Buch* de Alfonso Reyes. "Traer buhos a Atenas". Sí, es necesario decirlo, ha traído buhos a Atenas. En Alemania hay que saludar a este libro como al creador de un nuevo Goethe, como al autor que ha dado por fin *estilo* a lo que aquí se pugna por decir *amaneradamente*, por los

profesores, en las fatigosas conclusiones destiladas al cabo de tratados de imponente artificio metódico. Inscrito en la corriente que desde el extranjero viene a vivificar la cultura alemana, ha ocurrido a la cita con la melodía que hoy está de moda.

Los alemanes no disponen de un *Breviario* tan actual como el que don Alfonso Reyes ha creado para los pueblos de habla española. Comparado con el que más circula por estas tierras, el *Goethe-Buch* de Richard Benz, es indudable que le saca una gran ventaja. El librito de Benz, a pesar de sus brillantes cualidades, atiende en demasía a los prejuicios personales y presta poco oído a lo que sobre Goethe se dice en el mundo y no sólo en Alemania. Todo lo que como elogio se ha escrito sobre este ensayo podría repetirse también a propósito del libro de Alfonso Reyes: "en la rica literatura sobre Goethe faltaba esto: narrar lo más importante de la vida de Goethe en la forma más comprimida, sencilla, clara y objetiva posible; de modo que el librito es de desear que se encuentre en las manos de todo discípulo y amigo de Goethe; y, a la vez, tan soberbio en el trazado de la biografía y tan señor del lenguaje, que al especialista que domina la materia, le procura el placer del buen gusto en decir lo que sabe, y le ofrece, con arte único,

¹ *Trayectoria de Goethe*, Fondo de Cultura Económica. Breviarios. N° 100. México, D. F., 1954. 178 pp.

una imagen de Goethe aceptable desde la primera hasta la última letra". Para ser más precisos: lo que faltaba en la literatura sobre Goethe es — haber dado cima, culminación, *por obra del estilo*, a una imagen de Goethe que en sus contornos venía bocetándose ya en la obra de los autores extranjeros que antes he mencionado, pues el libro de Benz acuña una figura de Goethe que no es la última sino en todo caso la penúltima. Alfonso Reyes pudo también servirnos en su estupenda vajilla un Goethe vetusto, una imagen hoy irremediamente superada y arrinconada por su olor a viejo; pero por fortuna no ha sido así, más aún, era de esperar tal limpieza de actualidad en un hombre tan alerta como Reyes.

Schiller escribía en la famosa carta de presentación a Goethe: "Si hubiera usted nacido griego, o siquiera italiano, y si, desde la cuna se hubiera Ud. visto rodeado de una naturaleza admirable y un arte idealista, la tarea que se ha impuesto le hubiera resultado mucho más leve y hasta innecesaria. Desde la primera intuición de las cosas, les hubiera Ud. impuesto la forma de la necesidad, y desde sus primeros ensayos, hubiera sentido crecer en sí mismo el estilo del arte excelso." El estilo de don Alfonso Reyes le es constitutivo, no tiene que ir a buscarlo — como aquí sugiere Schiller que hizo Goethe —, sino simplemente dejar que la propia personalidad hab'le libremente, a "chorro suelto". Indudablemente que el estilo es, en una obra literaria, la expresión de lo vivo; una obra sin estilo es una obra que ha nacido muerta, y este *Goethe-Buch* de Alfonso Reyes entraña con eminencia las semillas de lo que vive. El estilo es la meta de la "experiencia literaria", una cumbre; es la verdad en literatura y sólo la verdad es fecunda, capaz de vivir y hacer vivir.

En este libro de Alfonso Reyes, Goethe nos aparece bañado en una atmósfera festiva, es un regocijo leer las *Einzelheiten* de la vida de Goethe en esta bella lengua. Porque lo notable y lo noble es que Goethe no ha sido traducido sino vivido en español, no ha sido necesario traducirlo sino pensarlo directamente en nuestra lengua y en una lengua que permite, como a Goethe la contemplación del Apolo de Belvedere, apreciar las ventajas del mármol sobre el yeso, nuestro lenguaje común, y por tanto la importancia de la materia "en que se incorpora el objeto de arte". Todo, hasta los lugares más comunes de la información goethiana, ha sido nuevamente acuñado y recibido, por primera vez quizás, en español, carta legítima de ciudadanía; lo que corría por ahí de boca en boca, mal traducido y peor expresado, ha sido por fin llamado al orden, e invitado a revestirse con una forma más digna y presentable. Reyes ha dicho a Goethe en español como nadie hasta hoy; ir a las habituales traducciones después de gustar estas excelencias procura una verdadera tortura. La vida de Goethe está festivamente dramatizada por la simpatía con que el autor se metió a narrarla y sin que nada haya de novelesco, como añadido fertilizante, el zurcido de citas ha sido rescatado de su innoble condición, y enaltecido.

En una carta que escribía Schiller a su amigo Meyer y juzgando sobre el "*Germán y Dorotea*" decía: "A diferencia de lo que acontece con todos nosotros, que

tenemos que acumular y probar fatigosamente, para dar lentamente a luz algo apenas pasadero, Goethe no tiene sino que sacudir levemente el árbol y ver como se desprenden los frutos más hermosos, más en sazón y cabales. Es increíble la facilidad con que ahora recoge los frutos de una vida bien aplicada y de una cultura certera y sólida, todos sus pasos son ahora seguros y significativos. . . . En la cumbre en que hoy se encuentra, más ha de pensar en dar expresión a la bella forma en que se ha acuñado que no en procurarse un nuevo asunto, en una palabra, ahora tiene que vivir dedicado por entero a la práctica literaria". Alfonso Reyes tiene un estilo y frente a cualquier otra cosa lo que en él vale y cuenta es el estilo; ha alcanzado esa cumbre en que lo que importa es, a más de lo que dice, cómo lo dice. Fairley puede dar una idea directriz, los acervos documentales aportar mucho material, pero todo esto es escala en un camino cuya meta es la expresión, y la expresión en la forma y sólo en la forma que don Alfonso Reyes le procura. Por ello, señalar fuentes, filiar inspiraciones, rastrear ideas, resultaría "embarrassoso" y "desvirtuaría la intención".

He aquí una biografía de Goethe que hubiera hecho las delicias de "*Frau Aja*", la "inolvidable madre" de Goethe. Hay que estar familiarizado con lo que representa esta singular mujer para calibrar lo que trato de sugerir. Biografía para una sana y jovial "ama de casa", ¡qué saludable familiaridad, qué atrevidas rusticidades! El *Goethe* de Alfonso Reyes es claro, fresco y vivaz como lo fué la madre de Goethe. El librito trasuda a pueblo, lo impregna un santo "olor de panadería". Muchas veces he interrumpido la lectura para saborear durante minutos de íntimo regocijo una palabra, un nombre, un apodo, un juicio. Cultos y zafios se pueden divertir y a mí me ha removido las dos posibilidades de mi modo de ser. Sólo las páginas finales, en que se habla sobre Byron, están escritas en otro tono, un tono que tiene mucho de austero y hasta de sombrío, y que confieso me han provocado una sensación de inhospitalidad. Habiéndonos habituado a nadar risueñamente, y cuando creíamos que hasta el fin sería todo una fiesta, nos vemos de pronto perdiendo el pie y sumergidos inopinadamente en atmósferas destempladoras. Por detrás de estas evocaciones del Goethe anciano hay el subrayado de tónicas amargas: soledad, la impertinencia cotidiana de sentirse visitado como "monumento público", desavenencias familiares, dramas sórdidos de nietos y parientes. Pero en las últimas líneas vuelve a aparecer un rayo de luz festiva y todo se termina con un tono de alegría. Me he bebido el libro de un solo trago, en una sentada. Amena sin medida la glosa del viaje a Italia, seguro de juicio, enterado de todo, pasajero sin lastre académico, ligero, ágil, increíblemente sugestivo. He aquí un Goethe bien digerido, he aquí un Goethe que se tamiza y espejea en la clara corriente de vida de otro artista.

Uno de los servicios suplementarios a que se aviene el libro de don Alfonso Reyes es la liquidación de ciertas ideas de Ortega y Gasset sobre Goethe. No se puede negar que lo que Ortega dijo en su ensayo "*Goethe desde dentro*" ha sido fértil. Llamó, ante todo, la atención so-

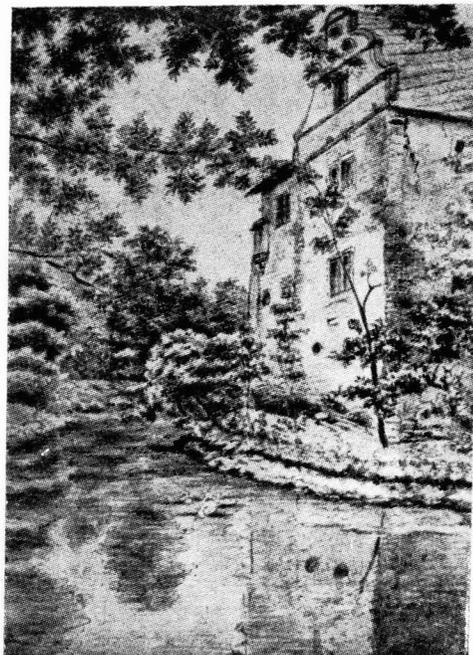
bre la necesidad de elaborar un nuevo estilo de biografía que Fairley bautiza como "interior" o "interna", contrapuesto a la "biografía-mosaico" favorita de los positivistas. La imagen olímpica de Goethe, nos dice Meyer, ha surgido por haber atendido en demasía a las exterioridades de la vida de Goethe y por haber calado escasamente en el Goethe "desde dentro". Pero Ortega extremó las cosas y casi entendió por biografía desde dentro lo que luego Sartre llamaría elucidación del "proyecto fundamental", definición de un "carácter inteligible" que diría Kant previo a los "accidentes terrestres", apriorístico, tiránico, "un jinete anterior a la cabalgadura" y no, más prudentemente, el esclarecimiento del "carácter empírico", "sensible". Tiene razón don Alfonso cuando apostrofa: "tal vez no sea posible dar cuentas tan estrechas de la conducta humana, ni menos pedirlas", pues como dijo el mismo Goethe, "lo mejor es el silencio profundo en que, frente al mundo, vivo, crezco y benefico, y que no me podrán arrancar ni con fuego y espada" (*Tagebuch*, 13-V-1780). De modo que lo medular de esta existencia hemos de aceptar que no encontró nunca acceso a la palabra, que se quedó tras del cerco de silencio. Este silencio es en Goethe la contención necesaria del que sabe escuchar, y que por atender a la realidad no quiere, por decirlo así, ni respirar, por temor a ahuyentar lo revelado. Muy a tenor de su sabiduría de vegetal que progresa en lo lento, que florece en lo inexpressado, y a quien el amago del mundo debió herir profundamente; silencio que es también una forma de defensa o de desdén frente al mundo. Muchas veces lo hemos de oír decir: "Mi destino es oculto, y los hombres no podrán ni ver, ni oír nada de él." De modo que mal se aviene su vida a una pesquisa biográfica que quiera ir hasta lo último. No me imagino que con Goethe pudiera intentarse la majadería que Sartre se ha permitido frente a Baudelaire. Y, sin embargo, no hay que conformarse con lo que los biógrafos positivistas se contentan. En esta vida hay indudablemente un "carácter", una estructura de contornos fijos que es posible exponer a la luz y revelar. Fairley lo ha intentado con mucho acierto y su imagen de Goethe como "camalón", tan bellamente recordada por don Alfonso, está allí como modelo. Y desde luego no es nada casual que en Goethe predomine lo íntimo frente a lo externo, y que su vida sea pasible de una interpretación desde las entrañas. El temple de ánimo existencialista, de que todos participamos, nos emparenta íntimamente con Werther. La enfermedad del subjetivismo, la imposibilidad de abrirnos al mundo exterior, al objeto, de dejar de ser intelectuales "desplazados", artistas ociosos de la melancolía; fué también la de Goethe y el análisis, en su obra, de esa enfermedad está tan agudamente ejecutado como el de Kierkegaard, o el de Rilke, o el de Kafka. Pero en estos no hay salida del "laberinto de la soledad", sino heroicidad de emparedados, mientras que Goethe "confeccionó" la solución, dió con la clave del laberinto y se salvó. La exposición pormenorizada de esta salvación constituye el tema central de la más reciente investigación en torno a Goethe. Alfonso Reyes lo ha expuesto con notable claridad. El joven Goethe representa una emotivi-

dad sin dominio racional, un hervidero de inspiraciones substraído al señorío de la razón. En alguna ocasión se le ocurrió acumular una serie de imágenes de su vida interior, he aquí algunas: "guardia de malhechores, cuarto de estudiante, ópera, cena de universitarios, cerebro del poeta, espectáculo callejero". "Los versos se le caían de la pluma a la más leve provocación". Tal es el *Judío Errante*, "bozeto en que lo vemos saltar del lecho a medianoche acosado por el estro, ansioso de hablarnos; y empuñando un mango de escoba a falta de cosa mejor, pedir atención y paciencia para sus crudezas". Este lamentable estado culminó en el *Werther*. Más allá estaba la locura o el suicidio. Goethe pone freno a la subjetividad devoradora, y en un proceso lento y complicado consigue salvarse. Son los años del "primer Weimar". Agencias salvadoras: Carlota von Stein y la ciencia natural. En 1784 escribió el hermoso ensayo "Sobre el Granito" en que la tónica de su vida interior es ya muy otra. Comienza primero, un poco didácticamente, por recordarnos que el granito fué venerado por los antiguos egipcios, que lo vaciaron en sus hermosos obeliscos y que el "impotente señor" de Roma ha levantado también hacia las alturas la "ruina" de un obelisco. "Toda nueva ascensión hacia montañas desconocidas, añade, viene a confirmar la vieja experiencia, de que lo más elevado, así como lo más profundo que se da en la tierra, lo constituye el granito", de modo que esta piedra es el fundamento más firme, *Grundfeste*, la sustancialidad sustante de nuestro planeta. Lo que le llama la atención en el granito es el "misterio" de la adherencia de sus partes, múltiple en apariencia, coloreado en mezclas infinitas. "Así que a nadie debe sorprender que haya yo abandonado el ámbito de observación que en otro tiempo cultivaba, para volverme, con apasionado interés, hacia este nuevo dominio". ¿Qué le hubiera replicado Sócrates cuando declaraba que el hombre ha de estudiar a los hombres y no la meteorología? "No temo a la objeción que me dirá que sólo el espíritu de contradicción pudo conducirme, desde la consideración y descripción del corazón humano, de la parte más joven, múltiple, movediza, alterable, corrompible de la creación, hacia la observación de la criatura de la naturaleza más vieja, firme, profunda, inamovible, pues habrá de concedérseme que todas las cosas de la naturaleza se encuentran en una rigurosa conexión". Lo que sigue es más interesante. "Más aún, habría que desearme, después de haber pasado por esas mudanzas de lo humano, por esos movimientos violentos que me han hecho sufrir y han hecho sufrir a otros, y me hacen sufrir todavía, que disfrutara de la sublime paz que sólo la proximidad de la solitaria y muda naturaleza procura y que quien tenga una sospecha de lo que esto es, me siguiera". Estas líneas nos permiten no sólo comprender el sentido de esta conversión de Goethe, de esta búsqueda de la sustancialidad después de haber probado la amargura de los accidentes humanos, sino también entender su necesidad. Efectivamente, el reino de la subjetividad es sufrimiento y la *geología* procura una tregua y una salud. Con estas reflexiones, nos dice, "me acerqué al más viejo y digno de los monumentos del mundo: el granito".



Schiller

Y sin embargo, Ortega no quiso entender nada de esta conversión, ni siquiera la barruntó, o, en todo caso, se empeñó, muy dentro de su costumbre por poner la carreta por delante de los bueyes. En efecto, Weimar es para Ortega el sepulcro de Goethe, el lugar en que da sus espaldas al mundo. Enterrado en su geología y en su botánica deja pasar culpablemente a su lado, en Jena, el espíritu del tiempo y rehusa su participación al futuro del mundo que por entonces se pergeñaba. Esta es la novela, surgida de la *ligereza* de Ortega, raíz de su genio y de sus impertinencias a la vez. Pues Jena, como dice muy bien don Alfonso, es campo constante de sus operaciones y nada iguala en inexactitud a esa imagen de un Goethe ajeno a lo que sucedía en su *propia* Universidad. Al fondo de estas peregrinas exageraciones hay un problema hondo, pero mal visto: la relación de Goethe con los filósofos que fueron sus contemporáneos: Kant, Schelling, Fichte, Hegel y Schopenhauer. Ortega parece insinuar la idea de que Goethe fué incapaz de ponerse a la altura de lo que el idealismo alemán sugería, que ocasionó un corto circuito de incompreensión cuyo lejano efecto es el desprestigio *actual* de la sabiduría de Goethe. Actual, es decir, por los años en que Ortega es-



Dibujo de Goethe

cribió su ensayo, pero inactual en nuestros días. *Pues si hemos de decir con franqueza lo que pensamos, tendríamos que confesar que, precisamente esa sabiduría para náufragos que Ortega echaba de menos en Goethe es lo que hoy en día se ve con toda claridad.* Goethe representa algo más, mucho más, de lo que el idealismo alemán se atrevió a pensar. En una conversación con su amigo Boisseré, allá por el año de 1818, acuñó lapidariamente su saludable utopismo: "¡Cómo hubiera podido y debido ser fecundo echar a un lado todo lo que desde afuera, desde hace treinta o cuarenta años, se nos ha venido encima! ¡Lo que hubiera resultado si, con algunos amigos, hace treinta años, me hubiera ido a América y no hubiera oído hablar nada de Kant y compañía!" Cuando su pueblo se daba a bucear en las entrañas de la Edad Media, Goethe veía con mejores ojos que el futuro del mundo estaba en otra parte y no en el pasado. Porque lo que representa Goethe es precisamente el fenómeno más extraordinario de *contrariedad* que pueda imaginarse entre un hombre y su pueblo. Ese mal humor de Goethe, que a Ortega le parece una verdadera definición de su personalidad es el efecto de esa lucha siempre frustránea por echar a su patria por otros rumbos que él consideraba preferibles. Y nadie que considere, aunque sea de lejos, lo que ha sido el destino de este vigoroso pueblo le negará razón. Por una serie de motivos no del todo claros Alemania ha sido la tierra predilecta del subjetivismo. No es casual que aquí hayan surgido el *Werther* y las *Elegías del Duino* y *El Proceso*, no es casual tampoco que aquí se impongan tratados de educación tan profundos como el *Wilhelm Meister*, la *Fenomenología del Espíritu*, la *Montaña Mágica*. Alemania, más que ningún otro pueblo, está necesitada de una cura de subjetividad, de interioridad, de *Innerlichkeit*. *Y Goethe será siempre la sabiduría de un hombre que aventaja sin remedio a la de su propio pueblo.* Por ello tampoco es un misterio la aprobación con que los marxistas aplauden su obra. El subjetivismo es una enfermedad, pero no biológica, sino social. "Buscad al burgués" podría ser la divisa de la nueva crítica, como en el siglo pasado todo se resolvía en "cherchez la femme" como clave para comprender los complejos del escritor. La dialéctica de la soledad, de la marginalidad, es el punto de partida de una evolución hacia la reconciliación. Problema del tránsito del "pequeño" al "gran mundo", "conversión de los pensamientos en praxis social" como dice muy bien Lukacs. Tanto en Goethe, como en nuestros días en Thomas Mann, hay un momento en que el escritor concibe una novela de "educación" en que muestra cómo el héroe subjetivista escapa a sus cadenas y se abre al mundo del servicio. *He aquí precisamente una sabiduría para náufragos.* Pero siempre habrá quien piense que hubiera sido preferible que Goethe, como Werther, se hubiera suicidado. La fascinación del héroe nihilista ronda siempre aunque sea como posibilidad liquidada. Alfonso Reyes lo patentiza en el viejo Goethe a propósito de su relación con Byron. "Byron encarna todas aquellas tentaciones que Goethe tradujo en poesía... cuando Goethe se enfrenta con un destino que se desenvuelve en línea mágica a la de su propio destino, parece

que lo sacude un temblor profundo. Ante sus ojos atónitos Byron aparece como la incorporación de un sueño secreto... Parecería que Goethe ha compuesto una música prohibida y Byron la está ejecutando". Pero Goethe no ha sucumbido frente a la tentación del nihilismo y como a Werther, lo condena, "como criatura de sortilegio y hechicería", a la "expiación del fuego".

JAIME TORRES BODET, *Tres inventores de realidad*, Imprenta Universitaria, México, 1955. 287 pp.

A Jaime Torres Bodet le conocíamos sus afiladas virtudes de poeta, de fino manipulador de sustancias líricas. Ignorábamos hasta qué punto su oficio de crítico no se queda atrás de su don del canto: su reciente y, desde tantos puntos valioso libro, *Tres inventores de realidad*, nos lo testimonia palmariamente hoy. Está dedicado este volumen a revelarnos la mecánica creadora, realista, de tres grandes novelistas: Stendhal, Dostoyevski y Pérez Galdós.

Dueño de una prosa pujante, arquitectónica, inmersa en su gozoso equilibrio, Torres Bodet se adueña materialmente de los escritores a quienes estudia: les trasmite su propio calor, su misma vida, dando por resultado que hallemos también en él a un auténtico "inventor de realidad". Las imágenes que nos entrega de esos tres genios de la novela llegan a nosotros, por eso, respirantes, desolladas, de carne y hueso, poseedoras de su entrañable y contradictoria, multifacética personalidad.

Stendhal (Henri Beyle), uno de los padres de la novelística moderna, pionero de los psicólogos y profundo revelador de los sutiles mecanismos que norman el comportamiento del hombre, aparece estudiado en sus raíces más íntimas. Anticipándose a Freud —nos dice JTB—, aprendió a tocar, en sus relieves más finos, la oceanografía del subconsciente. "Anticipándose a Bergson, sabe que, en cada uno de nuestros actos, se descargan —a veces con brutal vehemencia— los acumuladores de la memoria. Anticipándose a Proust, nos revela, en fin, que los tesoros más luminosos de la memoria son aquellos que, por espacio de muchos años, el olvido resguarda y salva de la deterioración cotidiana de los recuerdos." Stendhal fué —se nos dirá— el antídoto más enérgico contra el veneno romántico. Para Torres Bodet, Stendhal es uno de los espíritus más lúcidos de las letras universales. Supo vencer a la elocuencia de su tiempo, de pura cepa romántica, con las magistrales virtudes del rigor, de la implacable y fría observación.

En una de sus conversaciones con Goethe se quejaba el amargo Schopenhauer, ante el poeta, de cómo el amigo ausente, es mejor que el de cuerpo presente. "Desde luego, replicó Goethe, porque el amigo ausente es usted mismo y sólo existe en su cabeza, mientras que el amigo presente tiene su propia individualidad y se comporta de acuerdo con sus propias leyes, que no pueden del todo concordar con lo

que usted se imagina". Fingir un Goethe ausente, como quiere Ortega, otro Goethe que no es el que nos ofrece la historia, es más cómodo para nuestras propias ideas, que, como le gusta repetir al mismo Ortega, "son cosas que se le meten a uno en la cabeza". Alfonso Reyes nos ayuda con su libro a aliviarnos de ese dolor de cabeza. Bienvenido.

Köln, Alemania, julio 26 de 1955.

El proceso de la creación artística en Stendhal se reconoce en nuestra época con el nombre con que él mismo la fundó: *cristalización*. Llamó así a la operación del espíritu mediante la cual todo aquello que se le presenta obtiene un redescubrimiento: se recrea. Para él "La belleza no es sino la promesa de la felicidad." Se enfrentó a la realidad y la metamorfoseó, no desde fuera, sino desde dentro. Llevó a las letras francesas de su tiempo ¡he allí su importancia! las virtudes de la desnudez, de la ausencia de afeite, de retórica. ¡Qué lejos de Hugo, de Chateaubriand, de Lamartine! Recordemos los consejos literarios dados a la señora Gauthier: "Urge borrar, en cada capítulo por lo menos cincuenta superlativos." Además, en Stendhal, la exigencia metódica no secaba las fuentes de la pasión. En sus obras condenará a un estado social que no educaba al hombre sino para oprimirlo mejor, "como se engorda al ganado para mandarlo después al rastro". Nos dice Torres Bodet que lo que en Freud, Adler y Jung es relación objetiva y admirable paciencia técnica, en Stendhal es descubrimiento de la curiosidad desinteresada, invención constante.

En cuanto a Dostoyevski, el crítico estudia al hombre subterráneo, al ser *interior* que dejó escritas páginas de genial densidad, de alumbramiento sin igual de oscuras zonas del alma humana. Al humanísimo ser que alguna vez expresó que su aspiración era ser "un hombre entre los hombres — y serlo siempre, cualquiera que sean las circunstancias; no flaquear, no caer... eso es la vida; ese es el verdadero sentido de la vida". Torres Bodet está de acuerdo con la penetrante interpretación de Suarès: "Lo que Stendhal fué para la inteligencia pura y para la mecánica del autómatas, lo fué Dostoyevski en lo que concierne al orden y a la fatalidad de los sentimientos." Fueron los humildes los que le enseñaron a Dostoyevski la ciencia de ser humano. Para él, —apunta JTB— el humilde no es el ser al que hay que elevar hasta nuestra altura, sino aquél hasta cuya altura deberíamos elevarnos nosotros

mismos. Para él la caridad no era una limosna, sino una adhesión. En su obra, por eso, el sufrimiento será una ruta, no un fin. Por eso sus libros serán una victoria estética sobre el mal. Su hazaña consiste en que contribuyó en gran manera a despertar el sentido de responsabilidad entre los hombres. Ningún otro escritor le aventaja en este sentido. Para Dostoyevski no existieron las desgracias *individuales*: siempre obedecieron ellas a fenómenos *colectivos*. Su humanidad era tan hermosa y grande que se juzgaba responsable de los actos cometidos por sus hermanos los hombres. Por eso llegó a afirmar: "*Todos somos responsables de todo, ante todos.*" Para este genial escritor siempre la pasión fué intermediaria entre el pensamiento y el acto. Una vez confesó por boca de uno de sus personajes (*Los hermanos Karamázov*) que padecía de lo fantástico y por eso amaba la realidad terrestre. Vemos pues, cómo en los grandes espíritus fantasía y realidad no son antinómicas, sino que se complementan y reconcilian en una sola, concreta, esencial dimensión. Era un "neurólogo prodigioso" que alumbraba, con su estupendo arte de claroscuros, las conciencias no por fuera, sino por dentro. Fué el novelista de la congoja humana. Como Kierkegaard, él también fué "un profesor de llanto". El no creía, como el filósofo sueco, "que todo goce se acompañe de muerte". El creía, ante todo, en la vida. Dostoyevski es un angustiado; Kierkegaard, un desesperado. Su mérito esencial estriba en que fué un patético amante de la realidad. Para Dostoyevski, la ley primera del arte es la libertad de inspiración y de creación. La deducción natural —sostiene JTB— del principio asentado por el escritor ruso en materia artística es el reconocimiento de una interpretación social —y no sólo individual— de la libertad. He espigado en algo de lo que me parece más esencial del brillante escrito de Torres Bodet sobre Dostoyevski.

Al eminente novelista realista español Benito Pérez Galdós, le estudia el ensayista desde diversos y decisivos ángulos. Muchos se extraña-

ron —expresa el autor— de que le dedicase un estudio a esta figura, a la que no se ha llegado a valorar en todo lo que significó en la España decimonónica. Torres Bodet le rescata del inmerecido olvido en que ha sido dejado por sus contemporáneos. Todo parece haberse conjurado contra él —se nos dice: su fama de anticlerical y su estilo, tan calumniado; su fecundidad que resulta difícil de afrontar en todas sus múltiples consecuencias; y su frialdad aparente, de narrador implacable por objetivo. La generación del 98 tuvo muchas reservas para con la obra de don Benito, negándole su reconocimiento. "Sus *Episodios Nacionales* —apunta JTB— son el relato de un siglo vivo, en tanto que sus llamadas "novelas contemporáneas" intentan un corte lento, pero profundo, en la geología de lo español". Opina el autor de este libro que se impone la revisión del juicio sobre Galdós, por los méritos ejemplares de su obra. El valor de sus *Episodios* estriba en que son obra profundamente realista: historia del pueblo, escrita para el pueblo y contada, también, por el pueblo, como subraya el autor. Su nacionalismo no fué agresivo, ni una beatificación vanidosa de lo español. Su amor por lo nacional no fué nunca odio cerril para lo extranjero. Fué un retratista estupendo de la España del ochocientos. Las imágenes de que se sirve el novelista son *transferibles* y en ello radica su mérito. Lo intransferible es lo personal. Mas que "naturalista", la novelística de don Benito fué "realista". Dominó siempre en él el afán de objetividad y de exactitud. Por eso sus personajes están en sus obras como seres de carne y hueso. Apunta Torres Bodet que, para los Goncourt, la existencia es un documento; para Zola, un laboratorio; para Dickens, un mito; para Dostoyevski, un purgatorio de culpas; para Balzac, el repertorio de una "comedia humana" y para Stendhal una cámara psicológica que sólo deja brillar la línea sutil de los caracteres. Para don Benito, la existencia es todo eso.

Con sus *Tres inventores de realidad*, Jaime Torres Bodet